

Presentación

Por **Vanina Papalini**

Acentos es la primera revista científica de la Facultad de Ciencias de la Comunicación. Con ello reafirmamos la posición que sustentan las carreras universitarias de Comunicación como productoras de conocimiento: un conocimiento peculiar, transdisciplinar y útil en tanto permite reconocer las coordenadas básicas para hacer inteligible nuestra realidad. En efecto, la antigua discusión sobre la cientificidad del campo comunicacional cada vez parece desdibujarse más, en la medida en que los procesos sociales, culturales, políticos contemporáneos abrevan de maneras singularísimas en la construcción y circulación de sentidos. La realidad social no puede entenderse sin el abordaje de esta dimensión crucial. Aunque la importancia fáctica de la comunicación esté fuera de discusión, lo que parece estar en el centro de la escena es la duda sobre su cientificidad y, aún más, sobre la relevancia social de producir conocimiento en las ciencias sociales y humanas.

Quizá convenga hacer algo de memoria para recordar que estas ciencias se constituyen como tales con la necesidad de entender e intervenir frente a la consolidación de un orden societal específico. La “sociedad de masas” no es nada menos que la forma moderna de organización de las poblaciones occidentales y esta requiere una gubernamentalidad particular que se basa en el conocimiento. ¿Cómo distribuir a los grupos humanos en el espacio de las ciudades? ¿Cómo controlar las epidemias? ¿Cuántos, quiénes y qué características tienen los ciudadanos? ¿Qué procesos de desplazamiento social están en marcha? ¿Cómo controlar el crimen? La respuesta a estas preguntas debe buscarse en la sede de las ciencias sociales tales como urbanismo, epidemiología -la rama social de la ciencia médica-, ciencia política, sociología... la respuesta es obvia: las ciencias sociales y humanas -en donde se incluyen la geografía, la historia, la psicología, entre otras- ha sido y es útil para tejer mejor la trama que nos une. No hay ciudadanía posible, no hay tampoco gobierno posible, sin sus aportes.

Las ciencias de la comunicación se configuran como tales al calor de los conflictos bélicos y frente a lo que se erige como expresión colectiva difusa pero efectiva: la opinión pública. ¿Es posible soslayar la importancia de estos temas? ¿Es posible desconocer la relevancia de los viejos y los nuevos medios de comunicación, los modos de interacción social, la gravitación del universo simbólico, el peso de la construcción de sentidos, la significación que cobra la circulación de ideas, mensajes, noticias, agravios o reverencias institucionales?

Aun estableciendo la importancia de esta agenda, subyace sin embargo una sospecha: estos estudios, ¿merece la denominación de “ciencia”? Conviene dar un paso atrás y recordar en primer lugar que el conocimiento es más que la ciencia: hay conocimiento que se desprende de numerosas prácticas no científicas; hay conocimiento anterior a la configuración del campo científico; hay conocimiento proveniente de culturas muy diferentes. Desde la antigüedad la humanidad produce

conocimiento. No es extraño: el preguntarse es el primer paso hacia la construcción de respuestas. Muchas de las leyes de la física datan de la civilización helénica antigua; la historia, la administración y la contabilidad ha tenido representantes ilustres en los valles del Nilo en el 2.500 AC; la astronomía reconoce la precisión del calendario maya precolombino y la moderna arquitectura urbana con sus sistemas de drenajes y aprovechamientos metalúrgicos encuentra antecedentes en la India más de 2000 años antes de Cristo. En tiempo y en geografías, el conocimiento humano rebasa el breve período que corresponde a la ciencia moderna.

¿Y qué es lo que la ciencia modifica? La ciencia es una práctica especializada que se define por su método o, mejor, por sus métodos, y las tres características que, según reza el canon, este debe presentar: confiabilidad, objetividad y validez. El primer atributo es relativamente sencillo de explicar: siguiendo pasos explícitamente delineados, cualquier persona debería llegar a los mismos resultados. El segundo, la objetividad, supone la prescindencia de toda influencia del investigador o la investigadora en los resultados. Ello presenta algunas dificultades: a los fines del conocimiento científico, no deberíamos interferir en la captación de un proceso o fenómeno, ni en relación con nuestras creencias ni en cuanto a nuestra presencia física que puede alterar el estudio. La sociología de la ciencia se ha encargado de mostrar que aún en las ciencias físico-naturales no resulta nada fácil y en general se ha tendido a proponer la intersubjetividad -distintos científicos y científicas abordan un mismo objeto de interés. A pesar de que puedan existir algunas variaciones, se puede establecer un núcleo de coincidencias que constituye un conocimiento robusto. La validez es muy compleja porque supone que el conocimiento construido representa en alta medida aquella realidad que se pretende conocer. Lo que la validez supone entraña lo que está definido en los dos atributos anteriores: ya que el conocimiento es una representación, existe una doble mediación: humana -el investigador o la investigadora: a ello alude la objetividad-; metodológica -aquello que se conoce es lo que el método utilizado permite conocer, que nunca es la totalidad- y signica -la reposición sintética de esa realidad por otros medios, lo cual obviamente no coincide punto por punto con la realidad representada.

Basta con asomarse al cuento de Jorge Luis Borges “Del rigor de la ciencia” (1946) para comprender la improbabilidad de tal empresa:

En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal perfección que el Mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el Mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el Tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los Inviernos. En los Desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

Si para representar válidamente un territorio hay que replicarlo, la ciencia no tiene posibilidad alguna. La validez que se aplica en ciencias es menos exigente pero ciertamente, no es absoluta. Lo mismo ocurre con la objetividad y con la confiabilidad. Ahora, si reproducir una geografía es siempre una operación de síntesis, ¿qué puede decirse de estudiar procesos sociales, en donde nada permanece igual a sí mismo por mucho tiempo...?

En ese espacio resbaladizo se ubican las ciencias sociales y humanas. No porque su “materia” sea menos fija, su producción de conocimiento es menos seria. La pregunta por la fiabilidad, la intersubjetividad y la validez también son nuestras. Sin embargo, la revista Acentos quiere reconocer no sólo el núcleo de coincidencias sino también las variaciones y las disidencias porque

entiende las múltiples variaciones son formas de reconocer el objeto del conocimiento. En lugar de recortarlas, reponerlas. Este es el sentido “entonaciones para interpretar el mundo”: los diferentes acentos enriquecen el conocimiento.

Acentos, entonces: modulaciones del decir que reconocen marcas identitarias, memorias colectivas, arraigos territoriales; la suave musicalidad que nos recorre y nos diferencia de un hablar maquínico. Acentos que enfatizan, acentos que se disimulan, acentos que se adquieren y se yuxtaponen: muy lejos de toda esencia, los acentos son marcas de diversidad que enriquecen la comunicación.

El proyecto de Acentos forma parte de un desafío mayor acometido por la Facultad de Ciencias de la Comunicación en su consolidación como tal. Este proceso no se asimila al de la construcción de una fortaleza defendida con armas de guerra sino que toma la forma más rutinaria de la labor constante: como el minúsculo planeta al que el Principito cotidianamente libraba de brotes de baobabs, se trata de repetir las labores que mantienen el suelo apto para la siembra y el terreno despejado para ver que amaneceres y atardeceres sean el espectáculo conmovedor que compartimos colectivamente.

Dra. Vanina Papalini
Directora de Revista
Acentos